

>> Miradas bioéticas



**Entrevista a la Dra. María Luisa Pfeiffer:
“Vivimos en sociedades que valoran más la
muerte que la vida”.**

Licenciada en Filosofía (USAL, Argentina). Doctora en Filosofía (Université de Paris Sorbonne, Francia). Es Investigadora del CONICET y miembro de BIO&SUR, Asociación para la Bioética y los Derechos Humanos Hospital de Clínicas de la Universidad de Buenos Aires.

Considerando su larga y prestigiosa trayectoria, nos gustaría que nos cuente cómo ha sido su acercamiento a la bioética. Y dentro del amplio abanico de temas que la disciplina abarca, ¿cuáles la han interpelado?

Mi formación es en filosofía y dentro de ella trabajé sobre temas de antropología filosófica y realicé mi tesis de doctorado en la U. de la Sorbonne sobre el tema de la finitud desde la perspectiva de Merleau-Ponty. Este autor aborda la cuestión de la corporalidad en consonancia con el lenguaje y la temporalidad (fundamentalmente la historia social). A mi vuelta de mi larga estadía en Francia y Alemania, conocí al Dr. Mainetti y a través de él al Dr. Tealdi, quienes en los años 90 eran pioneros en bioética en Argentina y le dieron nivel internacional en la Escuela Latinoamericana de Bioética (ELABE) en La Plata. Luego del 11º Congreso Mundial de la Asociación Internacional de Bioética, organizado por la Asociación Internacional de Bioética y la Escuela Latinoamericana de Bioética, en 1994 comencé a trabajar en la Facultad de Medicina de la UBA en el Departamento de Humanidades Médicas y más tarde como adjunta del Dr. Tealdi en la Cátedra Bioética la U. Maimónides. De ahí en más me dediqué a la bioética y entré en el CONICET a investigar sobre cuestiones en que la corporalidad era protagonista. El cuerpo es un lugar de reflexión extraordinario cuando uno logra independizarlo de la mirada puramente biológica, que es lo que contaminó en sus orígenes a la bioética. Por ello mi participación en la Red Latinoamericana y del Caribe de Bioética me permitió asociar la bioética con todas las dimensiones que atraviesan el cuerpo y, sobre todo, enarbolar la defensa de los derechos humanos como defensa

de los cuerpos humanos, de lo concreto, lo que implica costumbres, historia, sentimientos, relaciones. Al ser cuerpos, no podemos separar la realidad humana de la naturaleza pero tampoco podemos dejar de descubrir que los tiempos del humano no son los de otros seres vivos, que el humano es lenguaje y eso le abre a mundos como el de la imaginación, el arte, la religión, el pensamiento, que no dejan de ser corporales pero que no comparte con otros cuerpos. Y por ello le permiten una relación más rica con el universo entero y una valoración diferente de lo que lo rodea, vivo o no vivo. Hoy es urgente y casi una obligación reflexionar sobre el anclaje natural del ser humano y hermanarlo con la biosfera, cualquier referencia a sus derechos tiene un correlato en los de la naturaleza. El carácter interdisciplinario de la bioética y su anclaje en los derechos humanos fueron y siguen siendo el lugar desde donde puedo pensar al ser humano desde todos sus ángulos, a lo que se suma la vocación ética que la filosofía reclama al filósofo desde Sócrates en adelante.

A dos años de haberse declarado la pandemia de Covid-19 ¿Cuál considera Ud. ha sido el aprendizaje -si lo hubo-?

Mirando lo que nos rodea hoy, a nivel científico, social, económico, político, no me parece que haya habido realmente un aprendizaje. Lo que deberíamos haber aprendido es reconocer que somos parte de la naturaleza y que todo lo que le afecte nos afectará y que el COVID no sólo ha dañado la salud humana. Al no reconocer esta realidad que nos impone la pandemia, se precipitan en cascada otras que debemos tener en la mira, como por ejemplo el rol de la tecnociencia en nuestras sociedades, cuyos productos encandilan e impiden la reflexión y la acción por un mundo mejor ya que suponemos que la característica del mismo será estar tecnificado. Otro problema que debemos tomar muy en cuenta es la necesidad de reconocer la incertidumbre en que se mueve la ciencia médica y biológica y dejar de lado definitivamente la idea de una medicina basada en la evidencia, asociando evidencia a lo que no necesita prueba y no admite duda. Otra cuestión son los valores imperantes. Hemos visto con la pandemia que no decayó la codicia, la usura, la ganancia y el lucro como determinantes de las relaciones, al punto que pareció digna de ser reflexionada la alternativa entre salvar vidas o poner en marcha el aparato

productivo-comercial. ¿Aprendimos quizá a reconocer el valor del otro y por consiguiente a buscar la igualdad, la justicia, la paz? Por el contrario seguir pensando en ganar, en lucrar, aumentó la violencia, las “grietas” en todo sentido y en toda geografía, hasta llegar a una guerra que enmascara tras “razones” políticas, intereses comerciales y financieros. No sólo no hubo aprendizaje sino que hemos hecho crecer las razones ecológicas que nos amenazan con la desaparición de la vida humana.

A su entender, mirando hacia el futuro ¿qué temas de la biótica no deberíamos postergar?

Creo mencioné, pero me interesa repetirlo, el tema que la bioética no puede postergar: asumir la crisis ambiental que vive el planeta y cuyo origen es pensar que podemos “desarrollarnos” indefinidamente y exclusivamente como humanos. Asociamos desarrollo con riqueza y ambos con progreso. Pensamos un desarrollo sin límites, sin recordar de dónde provienen los únicos bienes a que deberíamos aspirar: el agua, la tierra, el aire, la relación con el otro construyendo lazos de solidaridad, todo ello SIN CONTAMINACIÓN. Esta última condición es la mayor riqueza a que podemos aspirar hoy en el planeta y el único progreso será en ese sentido. Progresaremos cuando logremos respetarnos unos a los otros y respetar el planeta en que vivimos, recordando que todos, planeta incluido, tienen derecho a la vida. Como bioeticistas debemos recordar que cualquier reclamo ético está asociado a la vida humana y que no hay vida humana posible, no sólo sin los otros seres humanos, sino sobre todo sin los seres no humanos. En realidad no es posible pensar ningún tipo de vida que viva en sí misma y por sí misma sin recibir y dar. El individualismo nacido de la modernidad exacerbada que alienta nuestra cultura actual, exaltando el valor del individuo autónomo, autosuficiente, que aspira a la independencia absoluta, es una condena a muerte de la sociedad y, por consiguiente, de la vida. La bioética debe mostrar en todos los sentidos posibles la dependencia del ser humano de sus congéneres y de la naturaleza y empujar a la cultura a reconocerlo y valorarlo en primer lugar. Y en segundo lugar que esa dependencia es mutua, de modo que si yo necesito del otro, el otro necesita de mí, sea humano o no humano. Así, debo reconocer que recibo y dar en consecuencia. Una concepción de la economía que no reconoce la eco, la

tierra, como protagonista de la historia al mismo nivel que el ser humano, que la considera un recurso igual que al ser humano, y cuya razón de ser es la acumulación de dinero, como la capitalista, debe ser desterrada de la historia. No hay modo de que, desde el supuesto de la acumulación y el consumo, ninguna economía reconozca el valor de la vida por sobre cualquier otro valor y sólo se esfuerce por sostenerla, cuidarla, acrecentarla, respetarla.

En el contexto actual, en que comenzábamos a recuperarnos del impacto de la pandemia, el mundo nos sorprende con el horror de la guerra, con más injusticias, con más dolor y más desigualdad. ¿Qué reflexiones le merece este complejo escenario?

Uno de los valores que remarcamos en bioética, junto a la justicia y la igualdad, es la paz. Sin ella no hay justicia porque hay violencia y esta nace del supuesto de que uno es más que otro, vale más que otro, puede más que otro, necesita más que otro. Sin embargo esta reflexión, que es totalmente válida para el juicio ético, debe ser acompañada con actitudes morales que llevan a: la aceptación de la mentira (todo tiene igual valor de verdad, sobre todo a nivel de opinión), la valoración de la ambición (sin ambición no hay progreso ni posibilidad de triunfo), la conformidad con la avaricia (nada es gratuito, todo tiene precio), tolerancia de la codicia (la clave en la vida es el poder y el poder lo da la riqueza: nadie es nada sin poder), la divulgación de la soberbia (“primero piense en Ud.” “en su vida”, “Ud. es lo más importante” es el consejo que se resume en primero yo), y podríamos agregar muchos más a la lista que generan necesariamente violencia. Quien se sorprendió con esta guerra tan publicitada olvida que hay muchas otras guerras en este momento, que no salen en la TV y menos aún en los twitter, como la de Siria, o Palestina por ejemplo, para nombrar las que usan bombas, pero también las que se libran todos los días para sobrevivir en el tercer mundo donde, según UNICEF, muere un niño por causas prevenibles cada 5 segundos¹. Nos horrorizan, y con razón, las muertes y más aún los 150 niños muertos en Ucrania, pero nos olvidamos del mayor de los enemigos del

¹ <https://www.unicef.org/es/comunicados-prensa/un-ni%C3%B1o-menor-de-15-a%C3%B1os-muere-cada-cinco-segundos-en-el-mundo-seg%C3%BAn-un-informe>

ser humano que parece ser él mismo proclamándose por encima de todos los demás y de todo lo demás como lo más valioso que mata “legalmente” y “pacíficamente” muchos más niños (y no solo niños).

¿Desea agregar algo más?

Solo una última reflexión, vivimos en sociedades que valoran más la muerte que la vida. La política se convierte cada vez más en necropolítica, en que se buscan “razones” para dar licencia para matar, no importa si se trata de enfermos, delincuentes, embriones, viejos, enemigos, negros, blancos, liberales, progresistas, comunistas, extranjeros, vagos, ignorantes, pobres....Se cuestiona incluso en bioética el concepto de dignidad, la valoración de los derechos humanos. Se ignora la pequeñez de todo lo existente marcada por los límites tanto de lo humano como lo no humano y la necesidad que tiene toda vida de otra vida que la sostenga. Se admira la violencia, la fuerza, se la naturaliza incluso en los relatos infantiles, se la hace socia de la competencia e inunda la educación, el mercado, las relaciones familiares, amicales, e incluso el discurso de los que reclamamos paz. Vivimos sin duda un cambio de época que, como todos los cambios de época, nos tiene perplejos e inmovilizados, pero debemos aferrarnos a todo concepto, toda actitud, toda conducta que defienda la vida humana y no humana que es lo único que va a perdurar, que la defienda en sus mejores expresiones porque es la única condición a cumplir para que siga habitando este planeta.

Mayo 2022